



PRÓLOGO

Responder a la amable invitación del Dr. Rumbau para prologar su obra es para mi un gran placer y también un reto.

El Dr. Rumbau es de aquellas personas que, como decimos coloquialmente, siempre están ahí y se puede contar con él. Pertenece a aquel círculo de profesionales que el público de los grandes teatros de ópera no conoce pero que son absolutamente imprescindibles para el buen desarrollo de las representaciones y de todo lo que las acompaña: ensayos, tensiones, largas estancias lejos de casa, pequeños y no tan pequeños incidentes personales y de la salud,... En una producción operística muchas cosas, transcendentales o no, pasan desapercibidas por el público e inciden en el escenario. Sólo la profesionalidad, el tacto y la amable simplicidad de la gente del mundo de los grandes teatros las sabe resolver. El Dr. Rumbau es un magnífico exponente de estas presencias discretas pero enormemente eficaces que hacen que todos, público y artistas, podamos gozar de las creaciones de los grandes compositores.

Saber que, a menudo en mis actuaciones en el Liceu, estaría el Dr. Rumbau siempre me ha dado una gran confianza y tranquilidad. Ser objeto de su afecto y amistad es un privilegio y me satisface en gran manera tener la oportunidad de hacer mi modesta aportación a esta obra. En él, permítanme rendir un sentido homenaje a todos los profesionales que trabajan al servicio de la ópera y, en particular, a los médicos.

Cuando la carrera profesional está ya avanzada, el artista acostumbra a poder viajar acompañado, como en mi caso, por algún familiar o íntimos colaboradores con los que compartir preocupaciones, preparar futuras actuaciones, hacer planes, consultar dudas, etc. Pero cuando uno empieza a viajar por el mundo, intentando abrirse

camino, la vida detrás del escenario no es nada fácil. No es que después esta se vuelva plácida, pero evidentemente es más organizada.

Por el contrario, un cantante joven no suele tener este apoyo tan directo. Es en esta etapa cuando se agradece extraordinariamente el calor y la compañía de los trabajadores y profesionales del teatro que te acoge. Son personas con quien te relacionas esporádica pero intensamente y que conocen muy bien la psicología de los artistas. Huelga decir que si, además del “savoir faire” que les proporcionan años de trato con todo tipo de cantantes, hablamos de la disponibilidad de los médicos, la intimidad y la buena química aumenta, ya que es precisamente con ellos que es más fácil compartir una ansiedad, hacer una confidencia o buscar ayuda. Johan Cruyff suele decir que el buen resultado de un equipo es el fruto de muchos detalles. Si me permiten el símil futbolístico, en nuestro ámbito profesional pasa algo parecido, pues una representación lograda es también el resultado de muchos detalles, y los médicos de las óperas son directamente partícipes de muchos de ellos.

Más allá de la magnífica atención estrictamente médica, es el componente humano que hace de los médicos de los teatros de ópera personas muy estimadas.

He tenido ocasión de conocer a médicos gran aficionados a la lírica y a la música en general. En todas partes encuentras buenos profesionales de la medicina que, además, completan su personalidad con una gran vocación humanística cultivando un arte o haciendo aportaciones cívicas de gran peso. Nuestro país nos ofrece ejemplos paradigmáticos: el Dr. Trueta, el Dr. Broggi, el Dr. Robert y tantos otros. Creo firmemente que este tipo de personas forman parte de aquéllas que iluminan la vida de los demás y hacen que nuestras sociedades mejoren.

Hace unos años, afectado y curado de una severa enfermedad, nació en mí un sentimiento de profunda gratitud a la profesión médica. Mi trabajo al frente de la Fundación que lleva mi nombre me ha permitido profundizar en el conocimiento del mundo de la ciencia médica y apreciar aún con más intensidad el rigor, la dedicación y el amor a los pacientes que preside su actividad. Uno de los científicos que me acompañó en aquella aventura, el Dr. Albert Grañena, es autor de una de las secciones del libro. Si no hubiera suficientes motivos como para hacer de este encargo un auténtico placer, su participación es sin duda uno más de ellos.

He de decir que la primera vez que establecí contacto con el texto del libro me sorprendió el índice. Pensé: ¿todo eso puede llegar a pasarnos a los cantantes? Como muchos compañeros de profesión, he tenido algún pequeño incidente en el escenario y he llegado a actuar con algún hueso roto, pero cuando observo la amplitud de los temas abordados en el libro, me empiezo a preguntar si he estado dedicándome a una profesión de alto riesgo. Seguro que no es así. Bien al contrario, he tenido la suerte de, si me permiten la licencia, trabajar en un ámbito “de alto placer”.

El contenido de la presente obra pone de manifiesto el carácter generalista y el enfoque global de la persona que inspira al Dr. Rumbau así como el acertado criterio de hacerse acompañar de profesionales de altísimo nivel.

La relación entre medicina y ópera no se limita a las patologías de los artistas ni al amor por el arte de los médicos. Muchas obras contienen referencias a la enfermedad y no son pocos los personajes del ámbito médico que aparecen en el transcurso de las tragedias o comedias que los cantantes representamos. Algunas óperas nos muestran médicos competentes y serios, mientras que otras son mucho menos complacientes para con la clase médica.

Mimí, en *La Bohème* de Puccini, muere después de que Musetta llegue con algunas pocas medicinas a la buhardilla donde Rodolfo la abraza. A pesar de las buenas maneras del médico que acude a visitarla, el desenlace es fatal. Violeta, en *La Traviata* de Verdi, muere en brazos de Alfredo a pesar de la atención recibida de manos del competente Dr. Grenvil. Prokofiev también da voz y una loable presencia a un médico en *el Angel de Fuego*.

Con una cariz más cómico, Don Bartolo, médico de profesión, pretende desesperadamente a Rosina en *Il barbiere di Siviglia* de Rossini, mientras que en *Le Nozze di Figaro* de Mozart el mismo personaje es una víctima más de los líos y engaños provocados por Susana y Marcelina. El Dr. Goll también es víctima, pero en este caso de la infidelidad de Lulú de Alban Berg.

Más siniestro, el Dr. Mirakl de los *Cuentos de Hoffmann* de Offenbach, provoca la muerte de Antonia y en *Gianni Schicchi*, Puccini y su libretista nos presentan un médico que no llega a darse cuenta que el paciente que examina ¡Ya está muerto! Y cuando Sly, en la obra del mismo nombre de Wolf-Ferrari, despierta en casa del Conde de Westmoreland, el médico que le atiende contribuye a hacer más creíble el cruel engaño del que es víctima el protagonista. La investigación, en este caso, de dudosa ética, y los ensayos en personas sanas, también están presentes en la relación entre Wozzeck y el doctor, en la ópera del mismo nombre, nuevamente de Alban Berg.

Los grandes autores han llegado a reflejar hasta el intrusismo profesional. Así es como en *Le médecin malgré lui*, creada por Gounod a partir de la obra teatral homónima de Molière, una trama de propósitos amorosos tiene como resultado indirecto el ejercicio continuado de la medicina por parte de Sganarello, personaje frívolo y despreocupado. Más sorprendentemente, los grandes autores también intuyeron el efecto placebo, el papel de la industria farmacéutica y la dispensación complaciente de medicamentos. Si no fuera así, ¿Cómo explicar el súbito éxito de Nemorino en *el Elisir d'Amore* de Donizetti cuando, tomando el brebaje ofrecido por Dulcamara – por cierto, otro intruso - pasa de ser despreciado por Adina a recibir la atención de todos los personajes femeninos de la obra y, finalmente, a seducir a la soprano?

Más larga resultaría la lista de personajes afectados de patologías y alteraciones psíquicas, auténticas o fingidas en beneficio de la trama, de filtros amorosos, remedios prodigiosos y venenos, de heridos y contusionados en las luchas, broncas y duelos de los complejos argumentos, etc. En fin, un gran trabajo para los médicos de ópera si no fuera porque todo forma parte del maravilloso mundo nacido de la imaginación de libretistas y compositores.

Como en todas las grandes artes, la ópera nos emociona mostrando toda la amplia gama de comportamientos humanos, desde los más nobles hasta los más bajos. Nos presentan tanto la generosidad, el heroísmo y la sabiduría como el engaño, la astucia y la ambición más desmesurada. He de decir que los ejemplos anteriores no presentan un equilibrio demasiado justo para con la profesión médica. Por motivos que desconozco, muchos personajes médicos de las óperas nos son presentados de manera cómica o satírica, consideración bien opuesta a la que merece el conjunto de la profesión.

El trabajo presentado y dirigido por el Dr. Rumbau es fruto del amor a la medicina y a la ópera. Además, nace de la experiencia adquirida en el Servicio Médico del Gran Teatre del Liceu de Barcelona. Si a estas motivaciones unimos el hecho de contener las aportaciones de profesionales de primer nivel, podemos afirmar que se trata de una obra llamada a divulgarse en todos los ámbitos operísticos, tanto en nuestro país

como en el extranjero y que, por su enfoque global será un texto de referencia para médicos, cantantes, profesores y estudiantes de canto.

Josep Carreras